

"El universo está formado por historias, no por átomos."

Muriel Ruckeyser

SALMO

Señor Jesús, eres luz para mi camino,
eres el salvador que yo espero.

¿Por qué esos miedos ocultos? ¿A quién temo, Señor?
La vida es como una encrucijada,
y a veces, indeciso, no sé por dónde ir.

Creo en ti, Señor Jesús.
Tú eres la defensa de mi vida. ¿Quién me hará temblar?

Lo sé de sobra: seguirte es duro;
¡hay tantas cosas fáciles de conquistar a mi lado!

Yo sé, Señor, que si me dejas llevar por ellas,
me amarrarán hasta quitarme la libertad que busco.

Yo sé que si te sigo y me fío de ti
los obstáculos del camino caerán como hojas de otoño.

Aunque la mentira y la violencia acampen contra mí,
aunque el dinero y el placer me rodeen como un ejército,
mi corazón, Señor Jesús, no tiembla.

Aunque la publicidad fácil me declare la guerra
y mis ojos encuentren en cada esquina
una llamada a perder mi dignidad humana,
mi corazón dirá que no,
porque en ti me siento tranquilo.

Una cosa te pido, Señor, y es lo que busco:
vivir unido a ti, tenerte como amigo
y alegrarme de tu amistad sincera para conmigo.

En la tentación me guarecerás
algo así como el paraguas de la lluvia;
en la tentación me esconderás en un rincón de tu tienda
y así me sentiré seguro como sobre roca firme.

Señor, Jesús, escúchame, que te llamo.

Ten piedad. Respóndeme, que busco tu rostro.
Mi corazón me dice que tú me queires,
y que estás presente en mí,
que te preocupas de mis problemas
como un amigo verdadero.

Busco tu rostro. no me escondas tu rostro.
No me abandones, pues tú eres mi Salvador.

Dame la certeza de saber
que aunque mi padre y mi madre me abandonaran
tú siempre estarás fiel a mi lado.

Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana.

Yo espero gozar siempre de tu compañía.
Yo quiero gozar siempre de tu Vida en mi Vida.

Espero en ti. Señor Jesús: dame un corazón
valiente y animoso para seguirte.

Tú que eres luz para mi camino
y el Salvador en quien yo confío.

Gloria al Padre...

LECTURA DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 8, 12-19

Jesús volvió a hablar a la gente diciendo:

- Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.

Al oír esto, los fariseos le replicaron:

- Estás dando testimonio de ti mismo; por tanto, tu testimonio carece de valor.

Jesús les contestó:

Aunque doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y a dónde voy. Vosotros, en cambio, no sabéis ni de dónde vengo ni a dónde voy. Vosotros juzgáis con criterios mundanos. Yo no quiero juzgar a nadie.

BREVE REFLEXIÓN: Siempre queda lo fundamental... El arpista Figueredo

No había fiesta en el llano ni baile joropo sin el arpa mágica del maestro Figueredo. Sus dedos acariciaban las cuerdas y se prendía la alegría y brotaba incontenible el ancho río de su risa prodigiosa.

Se la pasaba de pueblo en pueblo, anunciando y posibilitando la fiesta. El, sus mulas y su arpa, por los infinitos caminos del llano.

Una noche, tenía que cruzar un morichal espeso y allí lo esperaban los bandidos. Lo asaltaron, lo golpearon salvajemente hasta dejarlo por muerto y se llevaron las mulas y el arpa.

A la mañana siguiente, pasaron por allí unos arrieros y encontraron al maestro Figueredo cubierto de moretones y de sangre. Estaba vivo pero en muy mal estado. Casi no podía hablar. Hizo un increíble esfuerzo y llegó a balbucear con unos labios entumecidos e hinchados: "Me robaron las mulas". Volvió a hundirse en un silencio que dolía y, tras una larga pausa, logró empujar hacia sus labios destrozados una nueva queja: "Me robaron el arpa". Al rato, y cuando parecía que no iba a decir nada más, empezó a reír. Era una risa profunda y fresca que, inexplicablemente salía de ese rostro desollado. Y en medio de la risa, el maestro Figueredo logró decir: ¡Pero no me robaron la música!".

Eduardo Galeano

ORAMOS JUNTOS:

SEÑOR DIOS, entre tu luz y tu música,
queremos trabajar con sentido creativo
en medio de tantas dificultades.

Te pedimos, que nadie salga herido al contacto nuestro,
que sepamos reflejar tu dicha y alegría
en las cosas que hacemos y decimos.

Que por encima de nuestros intereses,
prime siempre la implantación de tu Reino.

Cultiva en nosotros lo peculiar y distinto
para que sepamos reconocerte en la variedad
armónica de tu conjunto.

Haz, Señor, que desafinemos poco. Cada día menos. Que así, sea. Amén.